

Jorge y yo compartíamos una cerveza en cubierta. Las chicas llevaban ya un buen rato dentro, y ambos nos empezábamos a impacientar. Es curioso lo que pueden tardar dos mujeres juntas en arreglarse.

Cuando una hora después reaparecieron, el aire en cubierta pareció detenerse. La primera en salir fue Laura. Llevaba un vestido rojo de satén, que se ajustaba a su cuerpo con una perfección que desafiaba la lógica. Los finos tirantes dejaban sus hombros al descubierto, y el escote pronunciado enmarcaba sus pechos de una forma que complicaba apartar la mirada. Sus piernas largas y bronceadas, brillaban posiblemente a causa de alguna loción. Una vez sobre cubierta, se calzó unas sandalias rojas de tiras con un tacón de vértigo, que hicieron que el efecto final fuese hipnótico.

- ¿Qué te parece, amor? –preguntó a Jorge mientras giraba lentamente frente a él.

- Estás espectacular – dijo Jorge soltando un silbido y mostrando una sorpresa real ante la belleza de su novia. – Esta noche vas a ser la reina del pueblo.

- Esperad, que ahora sale Susana. Le he dejado uno de mis modelitos, y creo que a la muy guarra le sienta mejor que a mí.

En ese instante apareció Susana. Sentí que el corazón me daba un vuelco. Laura le había prestado un vestido negro, ceñido y corto, con un escote pronunciado que dejaba a la vista la curva perfecta de sus pechos liberados del sujetador. Llevaba el pelo suelto que caía en ondas sobre sus hombros y los labios pintados de rojo profundo contrastaban con el negro del vestido. Me fijé que llevaba los ojos muy pintados, y pensé que eso había

sido cosa de Laura, ya que Susana no suele cargar mucho el maquillaje en esa zona.

- ¿Qué tal estoy? –preguntó fijando su penetrante mirada en mí.

Tragué saliva intentando que mi voz no me traicionara...

- Estás ... increíble. – fue lo único que acerté a decir. Noté la mirada de Jorge clavada en su escote, y sentí una punzada de orgullo ante aquella belleza.

Bajamos del barco, y nos encaminamos al centro del pueblo. Las luces amarillentas de las farolas iluminaban las calles adoquinadas creando un ambiente cálido. El aire estaba lleno de música. Samba y bossa nova se escapaban de los bares, pubs y restaurantes. La gente llenaba las terrazas, mientras los camareros iban y venían con bandejas cargadas de caipiriñas, cervezas y platos de marisco.

Jorge y Laura iban delante. Realmente hacían una pareja perfecta. Altos, elegantes, seguros de sí mismos. Susana y yo íbamos detrás mirándolo todo con curiosidad. Yo iba realmente eufórico y no quitaba ojo de mi mujer, a la que nunca había visto tan guapa en mi vida. Era consciente de que muchas miradas se clavaban en ella su paso.

Llegamos a un pequeño pero bullicioso bar, con mesas al aire libre bajo un emparrado. El interior estaba decorado con luces tenues y fotografías en blanco y negro de la ciudad. Jorge nos guio hasta una mesa cercana a la pista de baile, donde una banda tocaba en vivo una samba que invitaba a moverse.

Laura y Susana parecían encontrarse en su ambiente, moviéndose ligeramente al ritmo de la música. Yo era incapaz de dejar de mirarlas. Simplemente al sentarse, se habían convertido en el centro de atención del local. Especialmente Laura, que sabía exactamente cómo manejarse. Una sonrisa aquí, una mirada allá, y un gesto con el pelo para terminar de derretir al personal. Susana, tenía que sentarse algo envarada para evitar que el escote dejase a la vista más de lo que era prudente de sus magníficos pechos. Estaba sentada frente a mí, su vestido negro con el profundo escote permitía que al menor movimiento se viese el perfil redondeado de sus pechos. Ella se ajustaba disimuladamente la tela para que no revelase demasiado. Su incomodidad era evidente para mí, pero no parecía molestar nada a Jorge, que sentado a mi lado no quitaba ojo de su canalillo.

Laura, sentada junto a ella parecía disfrutar de la situación. Con su vestido rojo ceñido, tan atrevido como el que había prestado a Susana estaba también impresionante. Era imposible no mirarla y disfrutar de aquella mezcla de elegancia y sensualidad. Continuaban manteniendo cuchicheos cómplices e intercambiaban miradas cargadas de tensión. Laura le susurró al oído.

- Relájate, disfruta de las miradas. No tienes nada que esconder. Al revés, eres el centro de atención de todos estos tíos.

- Y de muchas tías también – comentó Jorge soltando una carcajada. Laura soltó una pequeña risa, y sus mejillas parecieron enrojecerse ligeramente.

- Eso es fácil de decir. No eres tú la que siente que se le va a salir todo. – dijo en un susurro.

Laura alzó una ceja, y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, lo que hizo que su propio escote se pronunciase aún más.

- Créeme preciosa, nadie está mirando tu incomodidad. Están disfrutando del espectáculo.

Jorge, sentado frente a Laura no hacía el menor esfuerzo por ocultar sus miradas lascivas a ambos escotes. Su mirada penetrante iba de uno a otro de forma descarada. Tuve la sensación de que sus ojos se detenían más tiempo en el de Susana, aunque es probable que fuesen apreciaciones mías. Yo, por mi parte, sentía una mezcla de incomodidad y orgullo. No podía negar que Susana estaba impresionante, con aquel vestido tan sexy e insinuante. Su cabello suelto cayendo sobre sus bronceados hombros, su piel brillante y bronceada, y aquel maquillaje que incluso la hacían parecer una mujer diferente. Pero al mismo tiempo, la atención que estaba recibiendo de todos los hombres del local, especialmente de Jorge, me incomodaba. De hecho, él notó que le miraba, y me lanzó una sonrisa que no supe interpretar del todo.

- Tienes suerte Mario. Tú esposa es la persona más radiante de toda la plaza. Bueno, rectifico, tenemos a las dos chicas más impresionantes de toda la ciudad. – Levantó su copa e hizo un brindis en su honor.

- Gracias. Laura estás guapísima también – comenté tratando de parecer más relajado de lo que estaba.

- Una mujer debe saber lo que le sienta bien, e intentar sacar el máximo partido a sus virtudes. Susana y yo, a nuestra edad tenemos que mostrar todo lo posible, aunque sin llegar a ser vulgares. – dijo Laura. – El resto es atrezo. Nada excita más a un hombre que unas sandalias altas calzando unos pies cuidados, un escote profundo e insinuante. Éxito asegurado. A las pruebas me remito...

- No exageres Laura – intervino Susana. – Es solamente un vestido.

- ¡Qué estás diciendo! No es un vestido. ¡Es el vestido! La joya de mi guardarropa. – Se carcajeó Laura mostrando sus dientes perfectos.

Susana sonrió. Sus labios curvados mostraban su orgullo. Se sabía espectacular, y aunque tuviese un punto de incomodidad, era evidente que disfrutaba de la atención y las miradas de todos los presentes.

Con la llegada de los platos de la cena, el ambiente se relajó bastante. Susana se movía ahora con total normalidad sin prestar atención al movimiento de sus senos, y más de una vez Jorge y yo pudimos ver el comienzo de un pezón asomando por la tela. Reconozco que el más tenso de los cuatro era yo, y Susana lo notó.

- ¿Estás bien? – dijo poniendo su mano sobre la mía.

- Claro – asentí. Me di cuenta de que necesitaba relajarme y disfrutar de la noche. No quería ser el aguafiestas de aquella velada.

Ella pareció aceptar mi respuesta, pero sabía que algo rondaba en mi cabeza. Su mano permanecía en mi brazo, y me miraba desde aquellos ojos intensos y cálidos.

Mientras tanto, Laura pidió al camarero otra botella de vino y la noche continuó entre risas y conversaciones intrascendentes.

El restaurante comenzaba a vaciarse mientras la brisa del mar se colaba entre las mesas. Habíamos terminado de cenar, pero ninguno parecía tener prisa por volver al barco. Jorge había terminado de servir la segunda botella de vino, y las copas llenas parecían ser la excusa perfecta para alargar la noche.

Susana, que se había relajado un poco después de varios sorbos, jugueteaba con el pie bajo la mesa, deslizándolo dentro y fuera de su sandalia negra de tacón, una de esas que yo sabía que no estaban al alcance de nuestro

presupuesto. Era una manía suya cuando quería distraerse, pero esta vez no podía evitar notar que los ojos de Jorge se posaban discretamente en ese movimiento. Era evidente que Laura había acertado en su comentario anterior sobre los gustos de los hombres, especialmente en los de su novio.

—Mario —dijo Jorge de repente, cambiando de tema tras una charla ligera sobre el postre—, cuéntame más de tu trabajo.

—Ya sabes, profesor de educación física —respondí, sin mucha ceremonia. Era un tema del que no solía hablar demasiado, sobre todo en un ambiente como este, donde todo parecía exudar lujo y éxito.

—Debe ser interesante —añadió, con un tono que no pude decidir si era genuino o condescendiente.

—Sí, bueno, es una vida sencilla —contesté, bebiendo un sorbo de vino para ganar tiempo—. No tiene mucho glamour, pero me gusta lo que hago.

Susana intervino rápidamente, quizá intentando suavizar lo que ella sabía que yo sentía.

—A Mario le apasiona trabajar con sus alumnos, especialmente con los chicos que necesitan un empujón extra.

Jorge asintió, pero su sonrisa parecía estar siempre a punto de transformarse en algo más.

—Eso es admirable. Aunque, tengo que admitir, no sé si podría adaptarme a una rutina tan... predecible.

—Bueno, no todos podemos tener yates y vivir de nuestras inversiones, ¿verdad? —repliqué, intentando que mi tono sonara relajado, aunque sabía que Susana podría detectar el filo en mis palabras.

Jorge pareció divertirse con mi comentario. Levantó su copa y dijo:

—Es cierto. Pero no siempre fue así. Empecé desde abajo. Laura lo sabe mejor que nadie.

Laura, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se inclinó hacia adelante con una sonrisa.

—Es verdad. Cuando conocí a Jorge, apenas tenía dos discotecas y estaba intentando abrir una tercera. Nada que ver con lo que tiene ahora. Aunque antes todo era más fácil. Os lo aseguro.

Jorge rio, casi como si quisiera minimizar el comentario.

—Solo tenía claro lo que quería, y fui tras ello. Eso es todo.

—¿Y cómo fue el salto? Porque me imagino que no fue fácil. — preguntó Susana.

—Claro que no lo fue —respondió Jorge, girándose ligeramente hacia ella, lo suficiente como para que yo notara cómo su mirada recorría rápidamente su escote antes de volver a su rostro—. Pero siempre he creído en arriesgarse. Si te quedas en tu zona de confort, nunca vas a conseguir grandes cosas.

—Claro —dije, sintiendo cómo se me tensaban los hombros—. Aunque no todos estamos en posición de arriesgarnos tanto. Algunas veces tienes que conformarte con lo que puedes permitirte.

Jorge asintió lentamente, como si considerara mis palabras. Pero luego se encogió de hombros.

—Es cuestión de perspectiva. Yo siempre he pensado que, si algo vale la pena, encuentras la manera.

—Y si no la encuentras, la inventas —añadió Laura, brindando por el comentario de Jorge.

Susana miró su copa, aparentemente incómoda con la dirección de la conversación. Yo conocía esa expresión; estaba intentando buscar una manera de intervenir sin que pareciera que estaba eligiendo bandos. Finalmente, levantó la mirada hacia Jorge.

—¿Y cómo te sientes ahora que tienes todo esto? ¿Yate, coches, casa...?

Jorge la miró con una mezcla de satisfacción y algo que no supe identificar del todo.

—Satisfecho, supongo. Aunque siempre hay algo más. Lo importante es compartirlo con las personas adecuadas.

—Como tú lo haces con Laura —intervine, intentando mantener mi tono neutral, aunque no pude evitar que sonara ligeramente cargado.

—Exacto —dijo Jorge, sonriendo ampliamente—. Aunque, ella ha sido capaz de entender que en ocasiones es necesario ser algo flexible y no cerrarse a compartirlo con otras personas. Eso lo hace más interesante.

La conversación continuó un buen rato más, pero yo ya no estaba realmente presente. Cada conversación que manteníamos, me confirmaba más claramente que aquella pareja no era en absoluto convencional

El aire cálido de Paraty nos envolvía, mientras las chicas, visiblemente achispadas por el vino y los cócteles decidieron que querían ir a bailar y continuar la fiesta. Jorge propuso un pub con terraza que daba al mar. Comentó que tenía un DJ muy bueno que mezclaba música brasileña con otros estilos, lo que la hacía variada y permitía bailar, escuchar y charlar. Todos estuvimos de acuerdo.

Nada más llegar al local, de nuevo las miradas se centraron en las chicas. Pero observé que en esta ocasión Susana no mostraba el menor signo de incomodidad. Todo lo contrario. Caminaba de forma sensual sobre aquellos tacones que permitían que sus caderas se contoneasen. Precisamente, ese contoneo generaba que sus pechos se moviesen rítmicamente bajo la escasa tela del vestido. No puedo negar que yo empezaba a excitarme con tanto movimiento. Sus sandalias dejaban a la vista unos pies delicados, con las uñas pintadas de rojo intenso. Los tacones le afinaban las piernas tonificadas. Junto a ella, Laura había dejado que uno de los tirantes de su vestido cayese de forma accidental, pero no intentó recolocárselo. La tela suave y brillante del vestido emitía reflejos que marcaban aún más sus preciosas curvas.

La música nos recibió con un ritmo electrizante. La pista estaba llena, pero eso no intimidó a Jorge, que tomó a Laura de la mano y la guió directamente al centro. Susana me miró con una sonrisa desafiante y me tendió la mano. Nunca había sido un buen bailarín, y ella lo sabía.

Intenté seguirle el ritmo, pero su gracia al moverse dejaba claro que ella estaba a otro nivel. Susana bailaba como si formase parte de una coreografía ensayada para aquella música. Sus caderas se movían con precisión, y a cada paso se me frotaba contra mi cuerpo. De nuevo percibí las miradas de otros hombres que se centraban en nosotros, pero esta vez, lo único que sentí fue orgullo de estar con la chica más guapa de la fiesta. Ella bailaba ajena a todo, riendo cada vez que yo daba un mal paso.

Jorge y Laura, por supuesto, parecían haber nacido en aquella pista. Jorge sabía cómo guiarla y ella se entregaba al ritmo sin reservas. Sus movimientos eran sincronizados, casi como si los tuviesen ensayados. Me

fijé que la mano de Jorge descansaba sobre el culo de Laura. Ellos también eran el foco de atención de muchas miradas.

Después de un par de canciones, Susana, aun riendo de mis pasos torpes, decidió cambiar de pareja. Sin previo aviso, tomó a Laura de la mano y la arrastró al centro de la pista.

—¿Qué haces? - preguntó Laura entre risas, pero Susana le guiñó un ojo.

—¡Vamos guapa!

Lo que siguió fue un espectáculo que dejó sin aliento a muchos de los que estaban bailando, y por supuesto mucho más a Jorge y a mí. Ambas comenzaron a bailar con una complicidad y sincronización que era a la vez natural y perfectamente calculada. Laura rodeó la cintura de Susana con sus brazos, mientras ésta inclinaba la cabeza hacia atrás dejando caer su melena como un torrente. Sus cuerpos se contoneaban y rozaban sin cesar. La visión de aquellas dos bellezas moviéndose de aquella manera encendió la atmósfera del pub. Sus vestidos, rojo y negro contrastaban entre los brillos de las luces discotequeras. Laura agarró las manos de Susana, las levantó y la hizo girar. Parte de los pechos de mi mujer quedaron a la vista de todo el mundo, pero eso no pareció importarle demasiado. A la vez, la falda del vestido subió hasta dejar casi a la vista sus braguitas, permitiendo una visión espléndida de sus muslos.

Jorge y yo, que estábamos en la barra nos miramos. Jorge tenía una media sonrisa en la cara, supongo que le divertía la cara que se me estaba poniendo. A mí me costaba tragar.

—¿Sabes? Estas dos saben perfectamente lo que están haciendo. — dijo tranquilamente.

No respondí. Estaba aturdido por lo que mi mujer y su amiga estaban enseñando en la pista. Me fijé en las caras de todos los hombres que ya sin el menor pudor las rodeaban y se las comían con los ojos.

La guinda final la puso Laura que, en uno de los pasos, se situó a la espalda de Susana, y la besó en el cuello con intensidad, mientras mi mujer ladeaba la cabeza, y se dejaba besar. En ese momento me invadió un pinchazo de angustia en el pecho. No podía creer lo que estaba viendo e incluso me sentí algo violento.

Al terminar la canción, recibieron una ovación cerrada de aquel público entregado, y mientras Jorge aplaudía y me miraba buscando mi aplauso, yo me sentí el ser más diminuto del mundo y aplaudí igual que podía haber echado a correr al exterior del local. Cuando finalmente volvieron, estaban radiantes. Susana sudaba ligeramente y, con las mejillas encendidas se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

Laura se acercó a Jorge, dio un sorbo a la copa que bebía mirándole de forma traviesa y lo besó como pocas veces he visto besar. Se fundieron en un beso lúbrico y Jorge le acarició el culo con descaro ajeno a todas las miradas envidiosas que nos rodeaban.

Cuando se separaron, Susana se acercó a mí y me preguntó en un susurro si me había gustado el espectáculo. No supe qué decir.

La noche seguía impregnada de aire cálido y húmedo, que parecía invitar al desenfreno. Propuse volver al barco buscando refugio tras la escenita del pub, pero las chicas achispadas por el alcohol y la adrenalina del baile no parecían dispuestas a dar por terminada la fiesta. Jorge intervino y dijo que estaba de acuerdo en regresar al barco, que allí podríamos terminar nuestra fiesta de forma más cómoda ya que estaba cansado. Les prometió música, más copas y alguna sorpresa más. Aquello me tranquilizó, ya que el clima que se había generado entre las chicas y la gente del local era realmente perturbador.

Laura fue la primera en romper el silencio cuando Jorge puso música en el pequeño equipo de sonido del barco. Una melodía lenta y sensual llenó el espacio. Laura se descalzó dejando caer sus sandalias de tacón junto a la mesa de madera, a la que se subió con una risa despreocupada.

—Vamos. Que siga la fiesta —

Susana no tardó en emularla. Su vestido negro, ahora un poco arrugado se le había subido lo suficiente para permitirme comprobar que no llevaba ropa interior. Desvié la mirada hacia Laura que se había subido el vestido e igualmente aprecié que no llevaba nada debajo del vestido. Tuve una visión fugaz de su pubis rasurado, que duró lo justo hasta que se giró hacia Jorge, que la miraba embelesado.

Entre risas y giros, las chicas comenzaron a acercarse más. Laura colocó sus manos en la cintura de Susana, guiándola mientras bailaban. Las risas dieron paso a miradas cómplices. Las manos de Laura subieron lentamente

por el cuerpo de Susana y terminaron en sus hombros antes de empezar a bajar lentamente de nuevo rozando el borde de los pechos de mi mujer. Jorge, siempre tan seguro de sí mismo, se les acercó con dos copas en la mano. Les ofreció la bebida, y sin decir una palabra, se colocó detrás de Laura y empezó a acariciar sus nalgas por dentro del vestido. Yo estaba escandalizado, pero Susana los miraba de una forma que me asustó de verdad. Había lujuria en sus ojos.

Susana se giró hacia mí y me miró con aquellos ojos que me taladraron.

- ¿Qué pasa Mario? ¿Te vas a quedar ahí toda la noche mirando como un espectador? – preguntó en un tono juguetón pero muy seria.

Me acerqué a ella y me tomó las manos mientras movía las caderas lentamente. Se agachó, permitiéndome ver sus senos por el hueco del escote, y acercó sus labios a los míos en un profundo beso. Introdujo su lengua casi con violencia buscando la mía.

Jorge y Laura continuaban perdidos en su mundo, ajenos ya a nuestra presencia. Él continuaba acariciando sus nalgas, y ahora sí, pude observar el pubis de Laura a escasos centímetros de mis ojos. Desvié la mirada hacia Susana, que miraba a Laura con una intensidad que me dejó perplejo. Mi mujer, me pareció una desconocida.

Jorge, con una sonrisa pícaro, se separó de Laura y desapareció un momento bajo cubierta. Las chicas se habían bajado de la mesa y apuraban los últimos sorbos de las copas, cuando él regresó con un pequeño estuche de cuero negro.

- Os prometí una sorpresa, y yo siempre cumplo – dijo – Esta noche merece algo especial. ¿No creéis?

Miré el estuche con recelo, sabiendo lo que contendría. Jorge lo abrió revelando una bolsita de polvo blanco, una tarjeta de crédito y un tubito metálico. Susana se acercó curiosa mientras Laura golpeaba a Jorge en el brazo.

- ¡Jorge, eres incorregible! Exclamó Laura a carcajadas

- Vamos, es sólo para terminar la fiesta bien arriba. No pasa nada. Mario, esto es pura calidad – dijo Jorge mientras preparaba con destreza cuatro finas rayas paralelas.

- Yo... no sé si debería – murmuró Susana sin cruzar siquiera una mirada conmigo.

- Vamos Susanita es sólo una vez. Relájate, estamos entre amigos. Dijo Laura apoyando su mano en la espalda de mi mujer.

Yo me tensé al ver cómo Susana, tras un breve titubeo, aceptaba el tubo metálico y se inclinaba hacia la mesa. Sin darme tiempo a decir nada, aspiró el polvo y echó la cabeza hacia atrás. Laura la abrazó y le dio un beso profundo en los labios.

- Eso es chicas – exclamó Jorge ofreciéndome el tubo a mí.

- No. - Contesté haciendo acopio de toda mi firmeza.

- Tú te lo pierdes – dijo mientras se metía él su raya. Mojó el dedo en saliva y lo pasó por la superficie de la mesa recoger cualquier resto de polvo que hubiese podido quedar, y sin el menor rubor lo introdujo entre las piernas de Laura.

- ¡Susana! ¿Qué cojones estás haciendo? – exclamé fuera de mí. – ¡Yo creo que ya basta por hoy! ¿Hasta dónde piensas llegar esta noche?

- ¡Oh, Mario por favor! – respondió Susana mirándome con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas. – Siempre tan serio y tan correcto. ¿Sabes qué? A veces deberías relajarte un poco y disfrutar.

- Relajarme no implica hacer estupideces- respondí casi fuera de mí.

- No seas tan duro con ella – intervino Laura – Estamos aquí para pasarlo bien. ¿Qué tiene de malo soltarse un poco?

La tensión en la cubierta crecía, pero antes de que yo pudiese decir nada más, Jorge levantó una copa para brindar por la mejor noche.

Laura y Susana alzaron también sus vasos entre risas. Jorge cambió el tipo de música. Ahora sonaba música de discoteca. Ellas bailaban con el nuevo ritmo, menos sensual pero más frenético. Jorge se unió a ellas colocándose entre ellas y agarrándolas por la cintura. Bajé la mirada, y cuando volví a mirarlos, pude ver que Jorge retiraba la mano del interior del vestido de Susana. Aquello parecía no tener fin. Me levanté airado y me acerqué a Susana.

- ¡Ya es suficiente, Susana! Vámonos al camarote— Ella me miró con ojos entrecerrados y una extraña expresión en la boca. Se le había corrido la barra de labios y tenía el maquillaje de los ojos emborronado.

*Continúa leyendo...*